

# PRONTO APARECERÁ

EL SEGUNDO LIBRO DE

*Los Grandes Filmes*

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

## EL TRIUNFO DE LA MUJER

LA OBRA DE TESIS QUE  
HA CONMOVIDO AL MUNDO ENTERO

TEMA GRANDIOSO, HONDO,  
HUMANO, MORAL

Las madres, las esposas, las hermanas,  
las hijas, en fin, todas las mujeres que como  
tales tienen una misión excelsa que cumplir  
en este mundo, tienen casi el deber de leer  
este libro.

Asunto que sumirá en la meditación a  
todos los espíritus.

TODA ESPAÑA LEERÁ  
EL SEGUNDO LIBRO DE

*Los Grandes Filmes*

# La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 74

50 cts.



¿POR QUÉ

CAMBIAR DE ESPOSA?

POR

THOMAS MEIGHAN

Filmoteca

de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción | Gran Vía Layetana, 17  
Administración | Teléfono 4423-A  
BARCELONA

Año III

N.º 74

## ¿POR QUÉ CAMBIAR DE ESPOSA?

POR

GLORIA SWANSON, BEBÉ DANIELS  
y THOMAS MEIGHAN

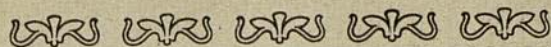
PARAMOUNT PICTURES

CONCESIONARIOS:

SELECCINE, S. A. - Ronda Universidad, 14  
BARCELONA

**PROGRAMA AJURIA ESPECIAL**

Argumento de la película de dicho título.



## ¿Por qué cambiar de esposa?

Hubiera sido de extrañar que aquella como todas las mañanas, Roberto Gordon se afeitara con tranquilidad.

Parecía un hecho más que casual adrede, el que su esposa Beth, encantadora mujer, muñeca de unos papás riquísimos, no le permitiera un cuarto de hora para la delicada operación que es para un hombre la limpieza de su rostro.

Cuando no tenía que abrocharle el vestido, había de apartarse del espejo, cuya luna correspondía a la puerta de un pequeño armario de tocador, tantas veces como Beth necesitaba tomar uno de los varios pomos, frascos o cajitas de los productos que utilizaba a diario para la conservación de su cutis.

Convengamos, pues, en que eso resultaba muy desagradable a Roberto, tanto más

cuanto que se le ocurría a Beth molestarlo con mayor insistencia durante la aludida tarea, a la que las mujeres no aciertan a dar ninguna importancia, indudablemente porque están exentas de ella.

No se le ocultará a nadie, sin embargo, que el jabón se seca en la cara, produciendo cierto escozor; que uno llega a ponerse nervioso si no termina pronto para quitarse la irritación de la navaja en la piel; en fin, que uno se cansa de darse de brochazos.

Pero en la vida, para vivir feliz, es preciso resignarse a ser un modelo de carácter, sobre todo si el cura ha tenido intervención en nosotros para recordarnos el buen humor de San Pablo.

Y es que la mujer, a veces, se cree tan indispensable a la felicidad del compañero elegido que, pecando de coquetería, llega a fastidiarlo, aunque él no lo demuestre para que no tiemble el edificio de la paz conyugal.

Roberto Gordon podía ser tomado por modelo de carácter adecuado para soportar las impertinencias rutinarias de una mujer como la suya, inconsciente del límite hasta el cual pueden estirarse las concesiones de un marido complaciente.

Porque lo expuesto no es todo, por desgracia. Eso sólo hubiera sido un cuarto de hora desagradable. Hay más. Todos los días se repetían escenas de las anteriores y cada vez el tono que empleaba Beth denotaba

un creciente desarrollo de exigencia. No queremos decir que no amaba a Roberto; al contrario. Era sencillamente un caso psicológico femenino más: bondad, amor y fueros de mando en una mezcla desordenada. Podríamos también calificarla de neurasténica, pues eran frecuentes sus rarezas.

Cuando uno es rico y por lo tanto se ve libre de las vulgares preocupaciones de la vida, es harto lógico que encuentre gusto en ornamentar su interior a fin de que para algo sirva su dinero, aunque sólo sea para que se vea que éste no le escasea.

De modo que no había mal en que Roberto se encaprichase por ciertas menudencias que harían muy buen efecto en su bien surtida bodega. ¿Qué tenía aquel gato de mayólica para ser añadido a la valiosa colección de jarros y demás utensilios para vinos y licores? Nada más que el hecho de representar un gato con su correspondiente cola.

Beth tuvo la inoportuna idea de bajar a la bodega para decir algo a su esposo, y fatalmente se fijó en las recientes adquisiciones que éste había hecho; fatalmente, sí, pues en lugar de compartir con él su alegría, se la combatió.

—¡Siempre con nuevos chismes! No tienes cordura gastando. ¿No te da pena derrochar no quiero saber qué sumas en esto cuando por ahí se mueren de hambre tantos desgraciados?

—Pero, querida mía, mi fortuna me permite atender a ambas cosas y, sobre todo, ¿por qué insistes en creer que todo lo que hago en provecho nuestro tiene que perjudicar a otros?

—Eso es tirar el dinero.

—Sin embargo, luego tú misma te mostrarás satisfecha enseñando estos objetos a tus amigas. Si yo tiro, tu recoges... los elogios.

—Por mí puedes cesar en tus extravagancias. ¿No comprendes que esto es inútil?

Beth se había puesto muy seria y Roberto, para que no le tentara el deseo de mandarla a paseo con su agria conducta, optó por aparentar que le reconocía la razón:

—Está bien, mujer...; no te pongas así...

Ante esta réplica Beth calmóse; pero reapareció al momento, pues acababa de ver, al volverse para subir al piso propiamente dicho, a un perro que no podía sufrir.

Irritada hasta la sofocación, reconvino a Roberto, que vio la tormenta llegar para descargar sobre su cabeza.

—Ya te he dicho mil veces que no quiero a este perro en mi casa.

—¿Qué te habrá hecho el animal para que lo trates de esta forma? No puedo admitir que eso no sea más que una monomanía. ¿No es acaso bonito el can?

—Será lo que a ti te plazca que sea, pero yo te ruego que lo mandes sacar de aquí.

—Se hará tu voluntad, mujer. El mayordomo se llevará el chuchó. Me parece que no puedo serte más agradable.

—Haces lo que debes, Roberto. Si no lo hicieras no te querría tanto como ahora.

—No me niegues que a veces exageras con mis defectos.

—Si soy exigente, no me guía otro interés que el de que tú seas un hombre completo, un buen administrador de tu casa.

—Si eso es todo, ya verás como te complazco. Vuelvo en seguida.

—¿Sales?

—Cinco minutos apenas.

—¿A dónde vas?

—Al bazar de al lado. Compraré una libreta.

—¿Para qué la necesitas?

—Te diré.... Para administrar precisa orden. Como yo no le tengo, voy a buscarlo. En esa libreta llevaré mis cuentas al día.

¿Hace?

—Eres ridículo...

—Después avisaré al médico. ¿No te parece bien?

—¿Es que estás enfermo?

—Quiero que me diga... si estoy completo.

—Tonto... Antipático...

—¿No ves que es una broma? ¿No crees que a la vida hay que mirarla con cara sonriente? Bastante poder tiene ella en nosotros para convertirnos en sus juguetes llo-

rones, para que, siempre que lo podamos, aprovechemos sus momentos de calma para gozar.

—Sí; la teoría es bella... pero un defecto la malogra: es falsa.

—Quita, mujer; déjate de filosofía barata. La vida es la vida, tú eres tú, yo soy yo y nosotros somos... nosotros somos dos tontos, sí, dos necios que no sabemos ser lo felices que podríamos.

—Suéltame, Roberto.

—Bésame trescientas sesenta y seis veces, yo haré otro tanto, y después te dejaré en paz.

—No seas pesado; sé formal.

—Pues no te doy la libertad. Anda, que si no lo haces voy a creer que más que mi mujer eres mi suegra.

—No es que lo merezcas...

—Un día es un día...

—De esto te vales siempre... Toma...

—Más fuerte. Más. Mucho más. Mira, así como yo, con toda el alma, sin coquetería.

—¡Bárbaro! Me dejaste sin respirar...

\*  
\* \*

Roberto salió de su casa entusiasmado. Beth había olvidado por un momento sus severos principios y eso le supo a él a gloria.

Aunque todavía recordara los reproches de su esposa por sus excesivos gastos, Roberto no parecía estar dispuesto a enmendarse. La misma Beth tenía la culpa de ello, pues él, sintiendo verdaderos deseos de encontrar a su mujer, aun en sus horas de luna insegura, más agradable que las demás mujeres, dirigióse a la acreditada *Maison Chic*, convencido por referencias de que ésta era el indispensable colaborador en la tarea de hermosarla.

La encargada del establecimiento de modas femeninas se puso a sus órdenes con su discretamente adulatoria atención:

—¿Qué se le ofrece, caballero?

—Quiero algo extraordinario—la contestó él.—Algo que llegue a entusiasmar a mi mujer.

Inmediatamente desfilaron en su presencia varios maniqués vivientes vestidos con lujosos atavíos.

Ninguno interesóle más que los otros.

Una de las maniqués, de retorno en el saloncito donde se vestían, dijo a una compañera que no había tomado parte, por no haber sido requerida, en la exhibición ante Roberto:

—Ha venido un nene con rizos, precioso, a comprar para su dama.

—Quiero verlo. ¡Con lo que me gustan a mí los hombres con el pelo ensortijado!

La curiosa, Sally Clark, modelo de pos-

tín de la casa, subióse a una silla y desde un ventanillo miró hacia la tienda.

—¡Qué casualidad!— exclamó al pronto.— Somos del mismo pueblo. Por cierto que yo estaba loca por él cuando mi madre trabajaba como taquígrafa en casa de su papá. ¡Ay, si pudiera verme ahora!...

—No seas ilusa, chica. Tal vez ya no se acuerde de ti.

—¡Lástima de hombre que no sea mío!

\* \* \*

El recuerdo de una de sus caras ilusiones juveniles no permitía a Sally apartarse de su observatorio, como si en la contemplación de Roberto hallase alivio para su incomprendido anhelo. ¿Qué había sido de su vida? ¿Estaba aún soltero? ¡Oh, dulce esperanza! ¿Casado acaso? ¡Oh, qué desengaño! ¿Cómo enterarse?

En esas preguntas tenía Sally puesta su atención cuando la encargada vino a sorprenderla en la altura de su fantasía... obligándola a bajar a la realidad.

Sally sintió unas ganas locas de abrazar a la dependienta mayor, pues la ordenaba que se vistiera con la *toilette* más lujosa de la casa para mostrársela al nuevo cliente.



Jamás prestó Sally tanta atención a los más insignificantes detalles...

Jamás prestó Sally tanta atención a los más insignificantes detalles del vestir, como esa vez.

Perfumóse los labios carminados con un extracto oriental, pegóse un lindo corazón



Si en verdad Roberto no vió en Sally a la niña romántica...

en el brazo correspondiente junto al hombro, y con muchos deseos de impresionar al hombre que fué su tormento en su adolescencia salió, adoptando un aire de refinada distinción, a exhibir con el vestido su belleza ante Roberto.

Sally deseaba ser reconocida por él por su propia satisfacción y por hacerse de buen ver por la encargada.

Si en verdad Roberto no vió en Sally a la niña romántica que en muchas ocasiones había encontrado a la puerta de las oficinas de su padre esperando a su madre, por lo menos no dejó de reconocer a la mujer más inteligentemente hermosa que contemplara en su vida.

Eso fué bastante para Sally, cuyo único deseo consistía en que él se fijara en ella como lo había hecho.

Ya en su cabecita, ciertamente soñadora, fraguaba Sally su porvenir, mas pronto hubo de barrer sus ligeras pretensiones, pues la tarjeta que Roberto entregaba a la encargada con su conformidad en quedarse con el modelo que lucía Sally, revelaba la incógnita que ella quería conocer: ¿no era libre!

Eso era un inconveniente para que Roberto se casara con ella, que con mil amores ella aceptaría en seguida; sin embargo, ¿ocurren tantas cosas en la vida! pensó.

Y para rechazar la idea de que era imposible que ella viese realizado un día su sueño del inolvidado antaño, se comparó, sin conocerla, con la esposa de Roberto, confirmando rotundamente en que ella, Sally, la superaba en encantos.

Al despedirse Sally una vez cumplida su misión, Roberto repitió la fineza de antes



y en su semblante dibujóse incluso una amable sonrisa.

Sally, divinamente hermosa en su pulida coquetería, le endulzó el pecho con la caricia de sus lindos ojos.

Para hechizar a Roberto, Sally puso tal empeño, que el reflejo de sus hechizos removía en su corazón, alimentándolas con promesas, las cenizas del amor oculto de sus tiernos años...

Su enamoramiento era hoy más denso, más exigente de correspondencia, más autorizado a demostrarse. Por tal razón, no la importó un ardite evidenciarlo, pues necesitaba expansionarse, ante su encargada.

—¡Qué agradable es este hombre! ¿Verdad?

Sonrióse la aludida mientras Sally cerraba los ojos para gozarse de la melancolía que invadió su alma.

\*  
\* \*

Roberto sorprendió gratamente a su esposa con el regalo del vestido comprado poco antes y que aquélla recibió antes de que él fuera a comer, mereciendo su buen gusto muchos elogios. No obstante, a éstos fué añadida una observación referente al nuevo gasto que representaba.

Eso demostraba que por más que hiciera Roberto jamás obraría de acuerdo con su esposa. Era así Beth y mucho se dolía él de ello, pero como sabía su carácter se limitaba a complacerla en su casa, reservándose mandar en sus actos fuera de ella, aun a costa de oír a su regreso los reproches de su esposa por sus despilfarros.

Fuera de casa fumaba; bebía una que otra copita de licor si le venía en gusto, cuando se reunía en el club con sus amigos; jugaba por puro pasatiempo; oía la música alegre, su favorita; en fin, no se privaba de los accesorios que completan la felicidad individual.

Pero en su hogar nada de eso era posible hacer.

Aquel día, sin ir más lejos, a pesar de haberle preparado él la sorpresa del vestido de última moda, no fué Beth ni más ni menos complaciente que de costumbre.

Roberto iba a fumar, para acompañar el café después de la comida, impidiéndoselo Beth con esta objeción:

—Acuérdate, Roberto, de que me prometiste no fumar demasiado. Tiempo te quedará luego de hacerlo en el club y así no me molestarás con el humo de tus cigarruchos.

—Olvidábame de que te dan vahidos... Perdóname; fumaré o no más tarde—la respondió él, agregando:—Hagamos, entonces, un poco de música.

Roberto puso en marcha un clarísimo fonógrafo que reprodujo la música alegre de un «jazz-band» infernal y que él tarareó.

No duró mucho la alegría, *gracias* a la intervención de Beth que se tapaba las orejas haciendo horribles muecas:

—¡Roberto, por Dios!—explotó al fin.—  
¿Por qué insistes en tocar esa música vulgar? Procura cultivar tu buen gusto y no te expongas a perderlo.

—¿También esto te desmaya? ¡Caramba! ¡Pues dime cuáles discos prefieres!

—No es muy difícil adivinarlo. Los de música clásica... Este, por ejemplo.

—¿Y esto qué es?

—¡Lohengrin, nada menos que Lohengrin de ese coloso de Wagner!

—¡Ah! ¿De Wagner, eh? ¡Vaya por él entonces, mujer! Sino que no me parece muy adecuado este programa a las tres de la tarde.

—Eso es arte, Roberto; no lo tuyo.

—Sí... claro... Lohengrin es Lohengrin, la marcha del Jamalaji y del Jamalajá es la ídem de ídem y de ídem, y yo... yo, reconoce que yo soy un buen muchacho para aguantar tus *lohengrinadas*.

—Haz el favor, que no se oye.

—Pero mujer, qué arte ni qué ocho cuartos. Esto va a parecer pronto un templo y me vas a obligar a andar descalzo. ¡Cambia el disco!

—Eres insoportable, Roberto. Déjame escuchar a mí a lo menos. ¡Tan bello como es esto!

—¡Esto es una lata! Y que el señor Wagner me perdone.

—Eres un hereje.

—Respeto tu melomanía por lo clásico; pero creo que sería lógico que no me usurparas el derecho de apasionarme por la música tabarinesca. No se trata más que de una concesión recíproca.

—De ninguna manera.

—Entonces, ¿sabes lo que te digo? Pues, sencillamente, que cada uno de nosotros tendrá un fonógrafo en una habitación distinta, el tuyo dotado con discos celestiales y el mío con discos infernales. Así cada cual disfrutará con su diversión.

—Sí, eso es, trae un nuevo trasto a casa, que todavía no sobran.

—Voy a comprar mi aparato en seguida.

—¿Pero hablas en serio?

—¡Pues claro!

—No lo hagas, Roberto, o me disgusto contigo.

—¿Te avienes a tolerar mi música?

—No la puedo sufrir. Me irrita los nervios. Sin embargo, tal vez me acostumbre.. un poco.

—Bajo esta condición renuncio a traer otro aparato... pero tocaremos ahora mismo mi disco preferido.

—¿Cuál?

—La marcha árabe del Jamalaji.

—¡Esa tan horrible!... No, Roberto... Mira, hoy no; en cambio mañana, te lo prometo. ¿Quieres?

—Es imposible luchar contigo. ¿Por qué, siendo tú tan hermosa y queriéndote yo tanto, discrepamos de ese modo?

—Mis padres...

—Sí, tus padres te educaron para santa; sin embargo, yo Beth, soy tu esposo, un incrédulo convertido por el amor que le inspiraste, pero que no tira para santo. Deberías ponerte en el justo medio. Anda, sonríame esa cara de niña mimada que cualquier fatalidad entristece. ¿Tienes queja que formular contra mí?

—¿Y tú de mí?

—Yo... yo te quiero tanto, tanto, que si alguna vez la tuviera, preferiría ahogarla con tus besos.

\* \* \*

Roberto estuvo toda la tarde en su despacho situado en un barrio comercial de la ciudad.

Antes de salir, al llegar la noche, en dirección al club, Roberto llamó por teléfono a su esposa.

—¿Eres Beth? ¡Hola! Tengo dos butacas para la opereta de esta noche. Te llevaré a cenar al *Metropolitan* y haremos fiesta completa.

—Lo siento—le contestó Beth.— Evelyn acaba de mandarme un recado diciéndome que va a traer a Radinoff después de cenar para que nos deleite con su concierto en *do menor*.

—¡Esto ya es demasiado! Entonces cenaré en el club. Ya estoy cansado de ver a ese melenudo martirizar sin misericordia a su violín.

—Pero Roberto, has de venir. Considera el mal efecto....

—Podías, hoy con mayor motivo que otras veces, perfectamente evitar esa *soirée* antipática. ¡No me esperes, ea!

—Roberto, Roberto... ¡Oiga, Oiga!...

Fueron inútiles sus llamadas. Roberto colgó su aparato y antes se cansó ella de llamar que él de oír el timbre.

La contestación de su esposa rehusando su idea de distraerla, puso de mal humor a Roberto, sin que le fuera dable exteriorizarlo contra su propia sombra, a causa de la presencia en su despacho de una linda personita: Sally, la modelo encantadora, que asistió, casualmente, a buena parte de la relatada expresiva conversación telefónica.

Roberto sintió fundirse su enojo bajo la

mirada de Sally, celebrando olvidarse de sus desavenencias familiares.

—Perdone que la haya hecho esperar, señorita.

—Soy yo quien debe hacerse perdonar por usted, pues entré cuando telefoneaba. Vine a entregarle esto que forma parte del vestido que usted compró. Se quedó en el taller por equivocación.

—Siento que se haya molestado usted misma. Muchísimas gracias, señorita.

—Como me venía de paso, evité un viaje a la aprendiza.

—Es usted muy amable. ¿Me permite ofrecerle estas dos butacas para la opereta de esta noche? No es a título de recompensa, sino de simpatía que yo se las cedo.

—Lo agradezco; pero no tengo con quien ir.

—Dispéñeme entonces.

—No hay de qué. Buenas noches, caballero.

—Muy buenas, señorita. Mas perdone. ¿Quiere autorizarme a insistir para que acepte una sola butaca?

—¿Qué hará usted de la otra?

—...La reservo para mí... Y es muy desagradable sentarse junto a una butaca vacía.

—En este caso...

—¿Irá...?

—Sí.

\* \* \*

Cuando un marido encuentra en su casa, constantemente, la lista completita de sus defectos, se explica, aunque no se justifica, que se sienta satisfecho cuando alguien le dice, fuera de ella, que es muy agradable y extraordinariamente simpático. Y por eso al salir del teatro, le costó mucho trabajo a Roberto separarse de Sally.

La agradable charla de Sally fué como un imán poderoso que retuvo a Roberto a su lado, y sin premeditarlo la acompañó hasta su casa.

Sally le hizo subir hasta su piso, y para corresponder a la atenta invitación que él le había hecho, le rogó entrase a tomar un bocadillo.

Prendido en las redes caprichosas de la exquisita modelo, Roberto no vaciló en aceptar.

La intimidad que presidía a aquella entrevista fué muy agradable para Roberto, que se imaginaba haber sido transportado al paraíso donde las mujeres eran todo amabilidad.

Sally coqueteó con hábil discreción, proponiéndose tener parte en el pensamiento de Roberto. Este, cada vez más convencido

de la simpatía que le demostraba Sally, analizaba más hondamente el peligro a que exponía su seriedad, ya que el interés de la modelo no se limitaba a una simple fineza para agradecer otra.

Sally no cesaba de colmarlo de delicadas atenciones y, ¡lo que son las cosas! coincidió en todos sus gustos, desde la marcha del Jamalají hasta ofrecerle una copita de licor y encenderle un sendo habano. ¿Era todo eso un sueño fantástico? ¿Podía creerse que en la tierra existiera una mujer capaz de comprender a un hombre hasta en sus vicios? Sí, y de ello tenía a la vista una prueba magnífica.

Pero lo que más le asombró fué la revelación de Sally:

—Yo conozco a usted desde muchos años.

—Es posible... Yo, la verdad, creo que es esta la segunda vez que la veo...

—No. Usted también me conoce.

—Que yo sepa...

—¿No se acuerda de esa jovencita de pelo suelto sobre la espalda que cruzaba usted casi todos los días en la puerta de las oficinas de su papá, hace unos diez años?

—¿La hija de Mary Clark? ¡Caramba, es usted otra! Y, ¿cómo en Nueva York usted sola?

—Mamá murió... Desde entonces vivo por mí misma, explotando mi elegancia en la casa de modas que usted visitó esta mañana.

Aparento ser una dama de calidad, cuando no soy más que una empleada bien vestida.

—¿Me reconoció usted en seguida?

—¡Ya lo creo! Lo reconocería siempre.

—¿Ah, sí? ¡Tiene buena memoria!

—No sabe usted cuánto me alegré al verle después de tanto tiempo.

—No podía sospecharlo... Apenas la había hablado antes...

—Sí, ya lo se, y tampoco podía usted sospechar lo que su indiferencia me hacía rabiar.

—Me encanta su llaneza, Sally.

—¿Qué mal hacía yo poniéndome los dientes largos?

—Entonces, eso quiere decir...

—Sí, aquello ya pasó y no hay razón para ocultarlo. Yo era una niña que amaba a usted mucho.

—¿De veras, Sally? Yo, tal vez, involuntariamente, la hice daño. Perdóneme, Sally.

—¿Perdonarle, si su recuerdo ha sido para mí motivo de dulces evocaciones? Antes yo sólo vivía con una esperanza: que usted se fijara en mí. Hoy, vivo con el recuerdo. ¿Quiere que alimente más su orgullo?

—Sally, hermosa niña, usted no debía hablar así o me arrepentiré de haberla vuelto a ver. No me envanecen sus palabras; al contrario, me afligen. Yo me casé... y soy feliz. Usted se casará cuando quiera, porque es

bella entre las hermosas, y Dios sabe a donde irá a parar el pasado.

—Nada muere, Roberto. Yo guardo mis recuerdos para siempre en mi corazón.

—Eso es mortificarse superfluamente, mi buena Sally.

—No, Roberto; yo no estoy nunca sola con mis recuerdos.

—Al fin nos pusimos tristes los dos.

—Mi vida es rota.

—Grande es mi culpa.

—El error es de mi alma, que se encerró en una sola ilusión. No me haga caso. Soy romántica. Hoy peligrosa. Conozco ya el mundo y se aturdirme en su torbellino. Yo se mucho de la vida.

—¡Pobre Sally! Perdóname, linda niña de pelo suelto sobre la espalda, que ya murió. Hoy eres otra... y yo no soy el mismo. ¡Adiós!

—¡Roberto! ¿Querías ver en mí, la maniquí, a esa niña soñadora?

—No, Sally, no es posible. El destino, esa vida que tú conoces tanto, nos separa después de hacernos mucho daño a los dos. ¡Adiós, Sally!

—¡Adiós, Roberto!

Se dieron las manos que sin voluntad soltaron lentamente. Silencio. Misterio. Abrióse una puerta. Cerróse luego. Pesaba la calma del ambiente. Un alma desgarróse. Sally lloraba.

\* \* \*

En casa de Roberto, durante su entrevista con Sally, el gran Radinoff, el hombre de moda, el arco de cuyo violín tenía atractivos magnéticos para algunos corazones femeninos un poco retrasados —como el de Beth, pongamos por caso,—había triunfado en toda la línea ante el *escogido* auditorio melómano que Beth reuniera para aplaudirlo.

Beth felicitó, como dueña de la casa, al virtuoso, que era más listo de lo que todos, y particularmente los maridos, se figuraban. En efecto, su virtud era dudosa en lo relativo a hacer escalas peligrosas en el corazón de las mujeres. No era la primera vez que se había insinuado en el de Beth, buscando aprovecharse de la emoción de que lo llenaba su música. Pero Beth había despertado siempre a tiempo de evitar una comprometedor progresión de los tanteos del artista sublime.

Dos horas después de la velada musical, llegó Roberto a su casa.

Beth estaba acostada. Habíase resistido a entregarse al reposo para mirar, a intervalos, el reloj colocado sobre la mesita de noche, pero llegó un momento en que sucumbió al poder del sueño.

Así como la sombra parece más intensa cuando brilla el sol, el remordimiento, sea cualquiera la gravedad de la falta, es más hondo en el alma de los fuertes.

Por eso Roberto, al ver a Beth adormecida en posición que, a la vista del reloj, demostraba su intranquilidad por su tardanza, sintió la ligereza que había cometido yendo a casa de Sally, donde perdió la noción de las horas, mientras su esposa se divertía, a su manera era cierto, pero mucho más en consonancia con su estado que él.

Sinceramente apenado de haberla suplantado aquella noche por otra mujer, Roberto enternecióse de amor a la esposa y la besó en la frente.

Fué leve el contacto; no obstante, bastó para que Beth se despertase.

Su primer impulso fué consultar el reloj y comprobó que jamás había osado Roberto recogerse a las dos de la madrugada. Conteniendo su legítima indignación, le preguntó:

—¿Dónde has estado?

—Cené en el club y me fuí al teatro.

—¿Solo?

—¿No viniendo tú, quién iba a acompañarme?

—¿A ver la butaca?

—Tómala.

—Déjame ahora la otra entera.

—Aquí está.

—¿También ha sido utilizada? Entonces no fuiste solo. ¿Por qué mentiste?

—Invité a Germán, ese amigo mío del Club que ya conoces. Créeme sin recelo. No te vaya a dar ahora la idea de preguntárselo mañana, como si yo fuera un chiquillo.

—Sin embargo trataste de ocultarme la verdad.

—Siento mucho haberme encolerizado y no haber venido antes a casa, Beth.

—Todos han preguntado por ti. Evelyn me pareció disgustada y hube de disculpar tu ausencia con un falso motivo. Bonito papel el mío si alguien le cuenta que te han visto en el teatro.

—No te preocupes por eso. ¿Zanjemos la cuestión con un beso?

—Transijo por esta vez, mas no te disimulo que una repetición podría llevar consigo consecuencias desagradables.

—Bah, mujer...

—Anda, acuéstate. Pero, oye... ¿quién te perfumó de este modo? Esto es extracto oriental, ese perfume de moda chillón que sólo pueden usar las mujeres que no se respetan mucho. ¿El amigo que te acompañó al teatro era una amiga? Quiero saber la verdad, Roberto. Puedo saberla por otros medios. Dímelo pronto.

—Cálmate, que no es para tanto. Sí, el amigo fué una amiga, algo inevitable que tu negativa a mi invitación me decidió a hacer.

Pero te repito que la cosa carece de importancia. Si me perdonas, te prometo que no volveremos a tener un disgusto.

—Basta, Roberto. Siempre tienes a flor de labio la palabra perdón y no haces nada para evitarte pronunciarla. Sabes que detesto la música vulgar; que odio los perfumes vulgares, y como parece que has encontrado quien tiene distintos gustos, más de acuerdo con los tuyos, no quiero interponerme entre ella y tú.

Rápida en su inquebrantable decisión Beth saltó del lecho para vestirse y marcharse a casa de su tía, su único pariente en Nueva York.

Roberto se opuso a su partida a tales horas y la hizo renunciar a su propósito diciéndola:

—No es necesario que salgas de esta casa para deshacerte de mí. Si no quieres seguir viviendo a mi lado... me iré mañana.

—Estamos completamente de acuerdo.

\* \* \*

Al nuevo día.

Roberto pensó que durante el resto de la noche Beth reflexionaría mejor sobre el grave caso, y que adoptaría una solución

menos cruel que la que se le había ocurrido poner en práctica a la madrugada.

Pero nada le hacía suponer que Beth sería menos inflexible.

De modo que la dicha de aquel hogar, pi-



... prometiéndola una vida ejemplar si lo echaba todo al olvido.

soteado por un mal paso de Roberto y una atolondrada decisión de su mujer, iba a volar tal vez para siempre.

Roberto, reconociéndose el mayor culpable en aquel asunto, intentó, humildísimo, entrar de nuevo en el afecto de su es-



posa, prometiéndola una vida ejemplar si lo echaba todo al olvido.

Beth, no dispuesta a perdonar, le respondió:

—Si crees que puedes acercarte a mí trayendo en tus ropas el perfume de otra mujer, te equivocas. ¡Hemos terminado para siempre! Y no te permito siquiera que te lleves este retrato mío.

—Perfectamente—arguyó Roberto recuperando su genio natural.— Acepto mi parte de responsabilidad, pero justo es que tú aceptes la tuya. No me hablas más que de las virtudes de que carezco y de los defectos que tengo. Yo me casé pensando en que fueras mi mujer; no mi institutriz.

—Ya que hemos sufrido una equivocación, el mejor medio de subsanarla estriba en una separación.

—¿Tú lo quieres?

—En absoluto.

—Bien; pide tú misma el divorcio. Julio, ven aquí.

—¿Qué manda el señor?

—Mis maletas al auto. Partimos en el acto.

\* \* \*

El día en que se concedió el divorcio, la tía de Beth recetó a su sobrina, como el mejor remedio para cicatrizar su corazón y olvidarse de la monstruosidad cometida al amparo de las leyes, la compra de un traje flamante.

Pero después de cometido el pecado, una tristeza jamás sentida ni sospechada se apoderó de Beth, de tal suerte, que no quiso separarse de su anillo nupcial, el cual llevaba en una cadenita que le colgaba del cuello.

Su tía la reprendió en la casa de modas:

—No debes fijarte tanto en tu anillo nupcial. Guárdalo y olvida.

Beth escondió la alianza en su pecho y, obligada a contemplar los vestidos que su tía había solicitado que le mostrasen, dijo con mucha pena:

—Aborrezco a los vestidos lujosos tanto como a los hombres.

—Pero hijita, así no vamos a comprar nada.

Un rumor de conversación sorprendió a Beth, que se aprestó a escuchar.

Eran dos damas las que dialogaban a pocos pasos de ella, en otra habitación, sepa-



—Acepto mi parte de responsabilidad, pero justo es que tú aceptes la tuya.

rada de la en que ella estaba con su tía por una cortina de terciopelo. Se referían a ella, pues oyó:

—¡Mira!—decía una de las damas a la otra.— La señora de Gordon acaba de divorciarse.

—Con razón se le escapó el marido de entre las manos. Vestía como si fuera su suegra y no su mujer. De todos modos, me da mucha lástima la pobrecita.

Y lo que no pudo conseguir Roberto, lo consiguió el amor propio de Beth herido. Y el modisto tuvo que acudir precipitadamente al saloncito y revolver hasta los últimos rincones de su taller.

La compra valía la pena. Beth se llevó más de media docena de vestidos que rivalizaban en riqueza.

Por su parte, Roberto tampoco olvidaba a su ex esposa. Sentía ansias de amar, de olvidar la torturante separación y un día llegó a su despacho Sally, enterada de todo, y además de confirmarle con su presencia el recuerdo de la jovencita enamorada de largos cabellos sobre la espalda, ella le dijo:

—¿Por qué se entristece usted tanto cuando hay alguien dispuesta a consolarle?

Era una insinuación elocuente... a la que Roberto se acogió como el náufrago a la pavesa que le brinda la salvación...

Unos meses más tarde Sally realizaba al

fin la más cara ilusión de su vida casándose con Roberto.

Todo fué miel durante su luna, pero a los pocos días Roberto se preguntaba si sería realmente eficaz el paso que había dado para alcanzar la felicidad. ¿Acaso equivocóse también eligiendo a Sally por compañera?

En muchas cosas era como Beth, con la sola diferencia de que siendo más coquetamente sumisa, le fastidiaba más por obligarle encima a hacerle toda clase de mimos. Y como si el destino se burlara de él Sally también lo mareaba cada mañana con la operación de apartarlo del espejo de la puerta del armario-tocador, mientras se afeitaba.

Cierta mañana, Sally parecía oponerse terminantemente a dejarlo acabar de afeitarse, pues cuando ya no tuvo necesidad de acudir al armario, lo apartó de la luna para proponerle varios viajes:

—Durante muchos años he trabajado sin descanso, sin haberme divertido nunca. Y me encantan los grandes hoteles. ¿Por qué no me llevas?—le dijo, enseñándole unos catálogos en que se anunciaban Balnearios de moda.

—Ya hablaremos de eso más tarde—contestó, algo seco, Roberto.

—¡Ya no la quieres a tu palomita!—plañóse ella.

—Sí, mujer, pero ahora estoy afeitándome, Deja que termine de una vez.

Así lo iba a hacer Roberto, lo más rápidamente posible, cuando Sally lanzó un grito y corrió hacia la habitación contigua.

—¿Qué pasa?—preguntó Roberto, acudiendo presto a donde estaba Sally, separando a un perro y a un gato.

—Ese perro tuyo está empeñado en ase-sinar a mi pobre Mimí. Es preciso que se marche.

—Bueno, mujer, bueno. Si el gato no buscase al perro, el perro no se metería con el gato. Pero haré alejar al perro y así no será molestado ni tendrá a quien molestar tu gato.

\* \* \*

Roberto complació a Sally llevándola de hotel en hotel, y en uno de ellos, donde se daba cita la sociedad elegante, vió a Beth, transformada en mujer *au dernier cri*.

Esa circunstancia hizo nacer en ellos vivos deseos de hablarse de nuevo, pero jamás tuvieron ni ocasión de hacerlo ni se consideraban bastante atrevidos para hacerlo.

Sally, por su parte, miraba a Beth con desconfianza y no la perdía de vista siempre que su esposo no estaba a su lado.

Roberto, aunque relativamente hiciera poco que se desposara con Sally, ya se había formado el concepto de su verdadero carácter. No era ya aquella jovencita romántica de largo pelo sobre la espalda, sino una inquieta mujer a la que el contacto con el mundo de la opulencia había bruscamente llenado la linda cabeza de deseos frenéticos de destacar en sociedad y de saberse admirada.

Si amaba aún a Roberto, difícil hubiera sido precisarlo; sin embargo, atendía más a sí misma que a él.

Había alcanzado una cima demasiado alta para que no sufriese el vértigo de la riqueza.

Y Roberto, decepcionado y persuadido de que lo que le sucedía no era más que un castigo por no haber sabido, empleando otros medios más eficaces que los que se le ocurrió adoptar, conservar a su primera e inolvidable esposa, con sus exigencias y todo, veía, apesarado, como Sally se apartaba moralmente de él más ávida de fiestas y galanteos que de la vida tranquila del hogar.

Otro defecto de Sally, más insoportable que los demás, eran sus celos. No podía ver a Roberto con ninguna mujer, y se sucedían desde algunos días escenas que los ponían a los dos en ridículo delante de la gente.

Una vez, fué a interrumpirle cuando conversaba con dos damas en el hotel de moda,

con el pretexto de que subiera a su habitación a buscarle el abanico que dejó en ella.

Roberto obedeció mientras las damas se reían de lo lindo a sus costas, por lo bajo.

Algo inesperado le preparaba la casualidad a Roberto mientras subía a las habitaciones del primer piso del hotel.

Helo aquí.

Beth se vestía en su cuarto, situado en el mismo rellano que el que ocupaban Roberto y Sally. En la imposibilidad de abrocharse ella misma el vestido en la espalda, y sin poder recurrir a su tía que la acompañaba en sus viajes, la cual se hallaba en el jardín en aquel momento, llamó con el timbre a una camarera, y harta de esperar salió de su cuarto al pasillo para ver si la veía llegar.

A quien vió, sin sospecharlo, fué a Roberto.

Quedáronse ambos un momento indecisos. No sabían si debían adelantar cada cual en su camino, o detenerse a saludarse. Roberto hubiera hecho más aun, pero por su desgracia no era libre como ella.

Beth comprendió la situación en que los dos se hallaban y el embarazo que algo que no muere ni con la ejecución de las leyes ponía en ellos.

Varias eran las veces que Roberto y Beth se habían encontrado en el comedor o en el hall del hotel, pero nunca el acaso se mostró tan cruel como en aquella ocasión. Y

decimos cruel porque hasta aquellos días ellos no se habían dado cuenta de lo que significaba su separación.

Beth fué la primera en hablar. Al fin y al cabo se separaron judicialmente por incompatibilidad de caracteres, y como amigos. Le dijo así, en confianza, sin preocuparse porque la viera el escote que de sobra conocía:

—Estoy en un aprieto. No encuentro una doncella y necesito que me abrochen el vestido. ¿Quieres ayudarme?

Eso era como una aventura deliciosa para Roberto, que correspondió con delicadeza infinita a la súplica de la dama apurada, objetándole quedamente:

—Sí, Beth, lo que tú quieras; pero no aquí donde podrían vernos.

—Entremos, pues, a mi cuarto.

—Con tu permiso...

\* \* \*

—Has cambiado mucho, Beth.

—¿Te parece?

—No eres más hermosa tal vez, sino más atractiva.

—Una siempre tiene que aprender... y llega un día que sabe.

—No te muevas, que no puedo abrocharte. En esto sí que no noto variación.

—Perdona. Hay ciertos detalles que se resisten a desaparecer... pero son los menos.

—Ya está... ¡Ah! ¿Lo guardas aún?



—¿No es éste *nuestro* anillo?

—¿El qué?

—¿No es éste *nuestro* anillo?

—Sí, Roberto, *nuestra* alianza. No quise separarme de ella. Nuestro compromiso está roto, es verdad; pero los recuerdos no se quiebran siquiera. Hoy este anillo tiene mucho más valor que jamás para mí.

—¿Por qué?

—Significa la llave de un tesoro que fué mío... Es la llave del arca en que encerré para siempre mi juventud.

—Beth... Beth...

—Roberto, tú no sabes lo enigmáticas que somos las mujeres. Ya no uso lentes... y veo lo mismo que con ellos.

—Antes no los llevabas más que para imponer mayor respeto desde tu marido hasta el perro insufrible, ¿no?

—¡Pobrecito animalito! No he podido olvidarlo.

—Y él a ti tampoco.

—¿Lo tienes aún?

—...Algo había de quedarme de mi antiguo hogar... con quien poder hablar de aquellos tiempos.

—Ya se que te casaste. Tu mujer es un encanto. Yo no pude imitarte. Vivo bien sola. Hago por divertirme. Y por lo visto, lo mismo haces tú. Antes no te movías de Nueva York.

—Las cosas han tomado un nuevo aspecto... y uno no tiene más remedio que amoldarse a ellas.

—Cada cual tiene su planeta... En fin, no quisiera que tu ausencia fuera notada en el jardín y que te disgustaras con tu esposa. Yo también voy a bajar. Si me lo permites, daré los últimos toques a mi *toilette*.

—¡Cómo!... ¿También eso?... ¿El ex-

tracto oriental, nada menos?... ¿Hasta en los labios?

—Recuerdo que te gustaban los perfumes, pero yo no tuve la feliz ocurrencia de usarlos.



—¡El extracto oriental nada menos! ... ¿Hasta en los labios?

—Beth... Beth mía... Mujer mía... ¿por quién haces todo eso? ¿Es posible que me ames aún como yo no he cesado de quererte?

—¡Ah, Roberto... qué desgraciada soy!

—¡No, Beth... mi Beth, si nos amamos tanto!



—¡No, Beth... mi Beth; si nos amamos tanto!

—Dios mío, no... Suéltame, Roberto... Estamos locos. Nosotros ya no somos aquellos...

—Tienes razón... Perdí el mundo de vista al estrecharte en mis brazos. Decididamente, no tuvimos mucho acierto en aquella decisión. Perdona, Beth, mi exaltación.

—¡Pobre Roberto!...

—¡Pobre Beth!... ¿Lloras?

—¿Llorar?... Si río, ¿no lo ves?

—Risa bendita, preñada de lágrimas arrancadas de un corazón hermoso que sangra de amor. Yo, sólo yo, soy el culpable de nuestro infortunio. Y no lloro, yo, un hombre, aunque también mi corazón oprima mi pecho, porque no merezco, como tú, ese consuelo. Adiós, Beth de mi alma, luz que jamás cesará de iluminar mi vida, adiós... sé feliz, muy feliz...

—¿Como tú, Roberto?

—... Más que yo, Beth... y... escucha, Beth... ¿me negarías una cosa?... Un beso...

La emoción se agolpaba en sus gargantas impidiéndoles hablar; se separaron rápidamente como evitando un peligro; mas luego, cual si hubieran tomado nuevas energías, se unieron con loco frenesí en un apretado abrazo, pronunciando palabras incoherentes y entrecortadas por convulsionados sollozos.

Se habían vencido con la fuerza de la

verdad que conservaron íntegra en su corazón.

Pero esa mutua victoria fué al momento anulada por ellos mismos ante la fatal realidad. *Ellos ya no eran aquellos...* Y Roberto era de otra.

\* \* \*

Sally estuvo flirteando, durante la ausencia de Roberto, con el violinista Radinoff, quien, en busca de conquistas, veraneaba por temporadas en los más reputados hoteles, y la tía de Beth, aunque no se interesaba a los actos de la nueva esposa de Roberto, presencié, sin poderlo evitar, el asiduo galanteo del virtuoso, no deduciendo nada bueno de la pasividad demostrada por Sally.

Esta, al cabo de un buen rato de haber mandado a su esposo a su cuarto en busca del abanico, sintióse intranquila y se decidió a ir a su encuentro.

Para ello subió a su habitación cuando Roberto, tras la sentimental escena relatada, salía de la de Beth.

Inevitablemente, se cruzaron en el pasillo, figurándose Sally, si no la realidad, por lo menos que Roberto había estado esperando frente a la puerta de Beth a que ésta saliera para hablarla.



Y se puso en guardia, dominada por la duda que le hacía ver en toda su importancia el peligro que representaría para ella la intrusión de Beth en su vida y la de Roberto.

No le demostró sin embargo sus celos; era rencorosa y sabía contenerse, reservándose otros medios de desagravio.

Y para evitar que Roberto saliera de la habitación el resto de la noche, fingióse atacada de fuerte jaqueca.

\* \* \*

Amaneció.

Beth había tomado una resolución: partir del hotel, huyendo del hombre cuya presencia no podía ya más que darle tormento.

Su tía adivinó la causa de tan inesperada e intempestiva partida, y la dijo, convencida de que daba en el clavo:

—Huyes, porque todavía amas a Roberto.

—Si tú supieras, tía, lo que es amar...

—Hija, soy necia en este asunto... pero lo voy viendo... Amar es perder el juicio.

Por su parte Roberto, para substraerse a la tentación, también se marchaba, pretextando a su esposa que un negocio, expuesto en un telegrama que acababa de re-

cibir, requería su presencia inmediata en la ciudad, y autorizándola a que se quedara sola unos quince días en el balneario, si así lo prefería.

Sally, ignorando que Beth también partía, —cosa que tampoco sabía Roberto,—no vió engaño en la marcha de su marido, y se alegró de que se alejase de allí.

Y aunque lo parezca, el encuentro en el tren, en el mismo compartimiento de lujo, de Roberto y Beth, no fué intencionado. Obra del destino nada más.

Sería por demás narrar como los dos bendijeron al azar.

Llegaron a la ciudad.

Roberto, sintiéndose más libre con su esposa de veraneo, se ofreció a acompañar a Beth, olvidándose de que alguna mirada interrogativa podía descubrirlo.

En camino, Roberto fué víctima de la maldad de unos muchachos que amigaron una cáscara de plátano a sus pies, resbalando sobre ella con tan mala forma que dió de cabeza contra el bordillo de hierro de una escalera.

Hirióse gravemente y quedó tendido sin conocimiento en la calle. Acudió una muchedumbre curiosa. La policía.

Beth no daba pie con bola. La situación era crítica. Si le abandonaba a su suerte, Roberto sería conducido, por orden de la policía, al hospital. Ella no podía consentir

que otras manos que las suyas lo curasen. Y, esforzándose, dijo:

—Le llevaré a mi casa... Es mi ... marido.

El herido fué, pues, transportado a casa de Beth, el antiguo hogar del matrimonio,



... lloraba besándole las manos...

e hízole ella depositar en su lecho, en sus propias sábanas, como si él fuera aún una cosa propia, muy suya, como ella misma.

Y en aquella ocasión, Beth se dió perfecta cuenta de que era imposible desatar aquel lazo que le había unido a Roberto.

El médico, avisado con extraordinaria urgencia, diagnosticó:

—El golpe recibido le ha causado un ataque peligroso. Quizá se salve si tiene completa quietud y no se le mueve de aquí por lo menos en veinticuatro horas.



—... He tenido una pesadilla horrible...

A todo estaba dispuesta Beth para devolver la vida a Roberto.

Y he aquí que Sally, enterada por una camarera del hotel de la partida de Beth en el mismo tren que Roberto, comprendió el

verdadero motivo del viaje, y salió, en dirección a la ciudad en el tren siguiente.

Beth, arrepentida de haber perdido ante la sociedad sus derechos sobre Roberto, lloraba besándole las manos mientras él se



—... Si se lo lleva usted de aquí es muy fácil que lo mate...

agitaba en el lecho presa de desvarío.

De pronto, abrió los ojos el paciente, incorporóse ligeramente en el lecho, y, atrayéndosela, la abrazó con efusión, diciéndola:

—Querida mía. He tenido una pesadilla

horrible. He soñado que me había casado con otra mujer.

Calló Beth y con ternura le obligó a acostarse de nuevo, lo cual él hizo sin dificultad, durmiéndose otra vez.

Como era fatal que ocurriera, Sally, después de haber ido a su casa sin encontrarle en ella ni en su despacho, corrió a la de Beth enterándose, antes de presentarse a ella, en la portería, de la desgracia acaecida a Roberto, harto bien conocido por los conserjes.

Para hacer valer sus derechos, Sally corrió a avisar a la ambulancia sanitaria para llevarse a su casa, de la de Beth, a Roberto.

Poco después, con la aludida gente, se personó ante Beth, introduciéndose ella sola, guiada por la servidumbre, en la habitación donde descansaba Roberto.

Los celos la cegaban, y sin respeto alguno echóse al cuello de Roberto para evidenciar dramáticamente su dolor, que Beth consideró completamente falso.

A continuación Sally increpó a su rival,

—Ya que no supo usted retenerlo aquí cuando era su marido, es inútil que trate de arrebátarmelo ahora. Debe estar en su casa, la mía, y se irá ahora mismo.

—Imposible—contestó Beth.— Si se lo lleva usted de aquí es muy fácil que lo mate. El doctor ha ordenado que permanezca

en esta cama hasta que pase la crisis. De modo que puede marcharse la ambulancia. Anita, acompañe a esos señores, cuyos servicios no necesitamos... y cierre la puerta.

—¿Ah, sí?... Usted podrá echar de aquí



—... O me entrega la llave o se la quito.

a los que traen la camilla, pero a la policía le toca decir quién tiene el derecho de velar a la cabecera de mi marido.

—Contra todos me opondré a que Roberto se mueva de mi casa.

—¿Que no?

—No. Y usted tampoco saldrá de aquí

hasta mañana. En esta habitación pasaremos la noche los tres.

—Lo vamos a ver, orgullosa. O me entrega la llave o se la quito.

—Intente hacerlo si se atreve.



—Dame la llave te digo, odiada mujer...

—Deme la llave o le hundo mis uñas en la cara.

—No, no, y por compasión por él, no grite usted.

—La llave, la llave...

—No, no, nunca..

—Entonces a la fuerza...

—¡Ay! ¡Cobarde! ¡Falsa!

—Ahora dame la llave o te acuerdas de mí.

—¡Roberto, Roberto!...



—¡Ah! Se aplacó su furor. Bien. Devuélvame esa llave...

—Dame la llave te digo, odiada mujer. ¿No ves que ahora puedo hacer de ti lo que quiera?... ¡Ah, al fin!

—¡Detente, insensata!

—Déjame el paso libre, lo oyes?

—¡Atrás! Ahora eres mía. Atrás o juro

marcarte la cara con esto para siempre.

—¡Horror! ¡No, no haga usted eso!

—¡Ah! Se aplaca su furor. Bien. Devuélvame esa llave.

—La razón me asiste.



—Es mejor que nos entendamos. Si quiere descansar, échese sobre ese diván...

—Por ahora la razón soy yo. Obedezca... o ejecuto.

—Por favor... Tome.

—Es mejor que nos entendamos. Si quiere descansar, échese sobre ese diván. Mañana hablaremos.

Mal de su grado, Sally acató la voluntad de Beth, ante el temor de que ésta la quemara el rostro con vitriolo.

\*  
\* \* \*

Durante la noche, una mujer dormía y olvidaba (Sally); la otra velaba y recordaba (Beth).

A la mañana siguiente, el doctor diagnosticó nuevamente:

—El enfermo ha pasado la crisis, y ya puede ser conducido a su casa.

Beth dijo entonces a Sally, que la miraba con deseos de represalias:

—Lléveselo ahora... pero algún día volverá, porque me pertenece.

Violentemente excitada por la humillación que había tenido que sufrir por parte de Beth, de la que deseaba vengarse, Sally sacudió a Roberto, sin consideración a su gravedad, en el lecho, y le soltó toda la indignación que sentía contra los dos.

—Eres un embustero—le dijo.— Me dijiste que venías a la ciudad a negocios. ¡Bonitos negocios! Pero sabré vengarme. Le marcaré a ésa la cara para toda la vida.

Acompañó sus palabras con un gesto de arrojar al rostro de Beth el líquido contenido en el frasco con que por la noche ella la amenazó.

Roberto, haciendo un supremo esfuerzo, iba a saltar del lecho para evitar la cruel venganza, mas Beth lo tranquilizó riéndole en la cara a Sally, y manifestando luego al herido que muy afectado comprobaba su falsa alarma:

—No tengas cuidado... Es el ácido bórico con que me lavo los ojos todos los días.

Aquello fué lo que completó la duda de Sally respecto a que ya Roberto no volvería entero a ella.

Y era que él, aquella noche, en medio, de la fiebre que le devoraba, adquirió la certeza de que Sally había subido demasiado alto para conservar su romanticismo de antaño, optando por el goce desenfrenado de la vida. El venía a ser para ella una caja de caudales repleta y siempre abierta.

Y no se había equivocado.

Y lo celebraba.

Pues Sally, obligada a ello por amor propio, solucionó aquel caso original, separando del llavero de Roberto la llave de su casa.

—Ya no necesitas esta llave—le dijo,— porque no volverás a entrar en mi casa. La única ventaja que tiene el matrimonio es

la renta de que disfrutaban los que se divorcian.

En efecto, divorciándose, Sally se aseguraba la independencia y unos excelentes medios de vida... a costa de su ex marido.

Eso le bastaba.

Y lo prefería a tener que vivir intranquila mientras existiera Beth.

El divorcio de Roberto y Sally fué el único caso en que sirvió para algo justo: unió a los que desunió, o sea, más claro, permitió a re-unión de Roberto y Beth.

\* \* \*

Sally, contagiada de la música del violinista, se dejó caer en la sutil trama del *vivo* que tal vez con ella hizo el *tonto*, y se dejó llevar por la corriente de la vida.

\* \* \*

Roberto y Beth, en su antiguo pero modernizado hogar, adorábanse más que nunca, prestándose exageradamente a las mu-

tuas concesiones que fueron causa de las discordias de otros tiempos.

Sin embargo Beth renunció a sus *lohen-grinadas*, para amoldarse única y exclusivamente a los gustos de su esposo.



... adorábanse más que nunca...

No fuera caso que se le escapara de nuevo. Y ella misma le aconsejaba que fumase después de las comidas, que bebiese una copita de licor con el café y lo deleitaba tocando su música favorita.

E hizo más aún Beth.

Para asegurarse a su marido, un día de primavera, de mucho sol, de mucha risa en la tierra, le regaló un precioso bebé que fué para ellos la dulce cadena que ataba con toda seguridad sus vidas...

FIN.

*Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia*

J. Horta, impresor, Gerona, 11 - Barcelona

TODO BUEN LECTOR

no vacilará en querer formar la sugestiva e interesante biblioteca de

*Los Grandes Films*

DE

LA NOVELA SEMAVAL CINEMATOGRAFICA

por sus cautivantes asuntos,  
de alta moralidad, emoción y  
variedad.

El éxito del primer libro

**Los Hijos de Nadie**

es una prueba de ello.

Pronto aparecerá el segundo libro

EL TRIUNFO  
DE LA MUJER

Precio increíble **UNA PESETA**  
en toda España:



Próximo número :

# RELÁMPAGO

Finísima comedia por el  
malogrado *as* americano

WALLACE REID

¡EXITO! =

Postal-fotografía :

ALLA NAZIMOVA

25 céntimos

La Novela Semanal Cinematográfica

sale todos los miércoles

## La Novela Semanal Cinematográfica

### Números publicados

1, No hay juegos con el amor (3 ediciones). 2, El Valle Florido. 3, Amor de madre. 4, La Virgen de las Rosas. 5, La culpa ajena. 6, De hombre a hombre. 7, Una mujer. 8, Pesadillas y supersticiones (**extraordinario**). 9, Desinterés. 10, El Hábito. 11, Jimmy Sansom, El Aventurero. 12, La primera novia. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada). 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada). 15, La tormenta. 16, Flor de amor. 17, La Pantera Negra. 18, Bajo dos banderas. 19, Corazón de lobo. 20, Sueños juveniles. 21, El mundo y la mujer. 22, Corazones humanos. 23, El premio gordo. 24, La desconocida. 25, Robín de los bosques (**extraordinario**). 26, La Verdad Desnuda. 27, El octavo no mentir. 28, Cleo la francesita. 29, La hija del pasado. 30, La chica del taxi. 31, La hija de los traperos. 32, El príncipe escultor. 33, Llovido del cielo. 34, Mujeres frívolas. 35, Al calor del hogar. 36, Sapho. 37, Directo de París. 38, Lo que vale una mujer. 39, El Valle de los Gigantes. 40, La sombra del padre. 41, Madame Morland (**extraordinario**). 42, Un juego peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso. 45, El delincuente. 46, La hija del arrabal. 47, El rancho del oro. 48, El falsario. 49, De los confines del silencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La Rosa de Nueva York (**extraordinario**). 52, El precio de la belleza. 53, Contra viento y marea. 54, No me olvides. 55, En los jardines de Murcia. 56, Sacrificio de amor. 57, Eugenia Grandet. 58, La Bohème (**extraordinario**). 59, ¡Pobre Violeta! 60, Realidades de la vida. 61, ¡Estaba escrito! 62, Las dos huérfanas. 63, El pescador de perlas. 64, La sin ventura (**extraordinario**). 65, La pequeña parroquia. 66, Frou-Frou. 67, La famosa señora de Fair. 68, La apuesta sensacional. 69, El secreto de Polichinela (**extraordinario**). 70, La Quinta Avenida. 71, El duodécimo mandamiento. 72, Maruxa. 73, La Hija del Nuevo Rico.

### Postal-fotografia

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscila Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Swanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margarit Livingston. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, «Snub» Pollard. 65, Bebé Daniels. 66, William Farnum. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Collo. 69, Lillian Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomas Meighan. 73, Mary Philbin.